

Hablar en lenguas

Traducción y transmisión

Trilce / Buenos Aires, Institución del Psicoanálisis
Texto de Enrique Tenenbaum

Leemos en *Hechos de los apóstoles*: “cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos” - Y aquí estamos, en vísperas de Pentecostés, juntos por primera vez tras la pandemia.

El primer traductor en tiempo real que reunió a los hablantes de las lenguas de Babel fue el Espíritu Santo. Un magnífico traductor multilingüe que aún no fue superado, pese al desarrollo tecnológico de los últimos milenios.

En Pentecostés las lenguas de fuego derramaron la gracia de la traducción simultánea de lenguas diversas: “y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”; “se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno oía hablar a los otros en su propio dialecto ¿cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestro dialecto en el que hemos nacido?

Posiblemente, cabe suponer, el Espíritu Santo no dudaba al traducir las lenguas que hablaba cada uno para que todo humano comprenda inequívocamente, y en su lengua materna.

El don de hablar en lenguas es, también, una gracia. San Pablo, en su primera carta a los corintios, como si estuviera comentando este pasaje, diferenciaba el hablar en lenguas del hablar profético. Si para orar es conveniente dejarse tomar por esa lengua incomprensible “que habla en mí”, en cambio, para dirigirse a la asamblea, a la iglesia, es necesario hablar en una lengua que todos comprendan: “Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios; pues nadie le entiende, aunque el Espíritu habla misterios.”

“El que habla en lenguas se edifica a sí mismo pero el que profetiza edifica a toda la asamblea ... porque mayor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a no ser que las interprete para que la iglesia reciba edificación”

Los analistas, cuando hablamos en la asamblea ante analistas supuestos, en el psicoanálisis en extensión, o cuando hablamos ante no analistas en otros ámbitos, en el mundo, ¿hablamos en lenguas? ¿profetizamos?

¿A quién hablaba Lacan? ¿Con qué recursos retóricos? ¿Siempre del mismo modo, ante cualquier auditorio? Claramente no, no era el mismo estilo cuando se dirigía a la élite de *l'École normale supérieure*, que cuando hacía pasar el psicoanálisis en las universidades de América del Norte. Su estilo, hoy, ¿sería el mismo? Si lo fuera, ¿tendría el impacto que tuvo, la incidencia que tuvo?

A nosotros nos cabe la pregunta por si es posible, si es necesario, adecuar los términos y el estilo de transmisión a los tiempos que corren, sin rebajar el discurso, procurando salvar la verdad freudiana en su filo cortante.

El recurso koiné

La simplificación de las lenguas no es cosa nueva, comenzó en la Magna Grecia con el griego *koiné*, el griego sencillo que podía ser comprendido por los colonos, por el hombre común. La *Septuaginta* es uno de los resultados de esa operación, con los efectos que conocemos

Más cercana en el tiempo, la transformación de la lengua alemana en una lengua de propaganda y dominación acaeció durante el Tercer Reich, pero la idea tuvo destino de alcance global. “El lenguaje del vencedor no se habla impunemente... ese lenguaje se respira y se vive según él”, señala Klemperer. Paul Celan, por su parte, reinventando la lengua alemana, no deja de llamarla lengua asesina.

La prohibición de hablar ciertas lenguas o dialectos se propagó por la España franquista como una epidemia. La instauración del inglés americano como lengua franca supuso y supone una nivelación -en escala de empobrecimiento- de las lenguas nacionales y regionales, para dar lugar a que se globalice el *american way of speaking the life*.

¿Hay, hoy, para el psicoanálisis, una lengua franca? ¿Hay para su transmisión una lengua lacaniana koiné (simplificada para las colonias)? O, por el contrario, ¿consideramos bárbaros a quienes no comprenden la jerga (confundiendo el misterio -del habla en lenguas- con el enigma)?

Ya Humboldt había señalado que cada lengua supone una visión del mundo, no necesariamente una cosmovisión, pero sí una visión, una entre otras, y cada vez que se sale de una lengua para entrar en otra hay una transferencia de visión del mundo, de cómo se dicen las cosas. No hay acto de lengua que no resulte equívoco, puesto que implica al oyente, quien nunca entiende lo mismo, sostenía el primer lingüista. Más de una lengua nos habita y, en la vida cotidiana -quizás no en las academias- eso se expresa hasta en las normas de cortesía, que forman parte del genio de cada una, la visión del mundo de cada lengua; así nos lo dice Barbara Cassin al recorrer los modos en que decimos *buen día, adiós*, en cada lengua en uso. Umberto Eco afirmaba que la lengua de Europa es la traducción, Henri Meschonnic señalaba que Europa tiene sus textos fundantes en traducción.

Los latinoamericanos recibimos los textos fundantes del psicoanálisis en traducción. ¿Qué implica para nuestra práctica? ¿Es un asunto local, regional, o el tema concierne a todo analista practicante?

¿Qué lengua, para el psicoanálisis?

El psicoanálisis nació en lengua alemana. ¿Podría haber nacido en otra lengua? Los procedimientos de lengua que llamaron la atención de Freud y que reconoció en los procesos psíquicos inconscientes, como la condensación y el desplazamiento, ¿son propios del proceder inconsciente, o característicos en particular de la lengua alemana? El equívoco homofónico que Lacan sitúa como una de las tres formas de equívoco ¿es un proceso estrictamente inconsciente, o refleja el genio de la lengua francesa, que no se habla como se la escribe? En cada *lalengua* son otros los equívocos posibles. ¿Qué pueden decirnos sobre esto los colegas de China, cuya lengua no precisa de una gramática y se asemeja, como decía Freud, al lenguaje del sueño? En lengua castellana se pronuncian todas y cada una de las letras escritas, asunto que para un franco parlante resulta inaudito, bizarro: hay letras que, en lengua francesa, estando escritas, no se pronuncian. ¿Qué relación cabe entre el lenguaje como estructura del inconsciente y la lengua que se habla, en particular la lengua de la época?

Asistimos a un mundo en el que, por gracia de la globalización, las lenguas se han degradado hasta el extremo de hablar ya no en lenguas sino en abreviaciones y *emojis*. Este empobrecimiento se suma a la pérdida del valor mismo del habla. Hay analizantes que suponen que hablan con sus allegados porque se escriben mensajes, sin hacer jugar la voz en las comunicaciones vía teléfonos celulares. El término mismo *telephone* pronto será un significante anacrónico. El smartphone dejará de ser phone, será tan solo *smart*, dejará de servir a la comunicación por el habla. Este empobrecimiento no es ajeno, seguramente, al autismo creciente en lo social, como decíamos en 2019 en Convergencia: malestar en la cultura, autismo en la sociedad.

La lengua alemana no es hoy una lengua de la Convergencia, lo cual resulta paradójico en un Movimiento en el que la multiplicidad de enlaces se imbrica con la pluralidad de lenguas; pero la lengua madre del psicoanálisis no se la habla. Y aún tenemos por delante encarar cómo posicionarnos respecto de la lengua china.

En cada ocasión en la que nos reunimos los analistas, y más aún en las reuniones virtuales que impuso la pandemia, la cuestión de la traducción surge de modo sistemático, y nos compele a tomar posición en cuanto a con qué teoría del lenguaje y de la lengua trabajamos, y por ende analizamos. Esto concierne a una ética de la transmisión.

La pluralidad de lenguas devino un síntoma para las reuniones de analistas durante la pandemia. La cuestión de la traducción -simultánea, sucesiva- no concierne a una economía de dinero, aunque la multiplicidad de lenguas implica también una multiplicidad de economías. Se trata, a nuestro entender, de tomar posición respecto del tratamiento de un imposible, de una traducción sin resto, una traducción pentecostal.

Cuando se opta por una traducción ligada al sentido, por llevar de una lengua a otra los contenidos, como se los llama, necesariamente queda sin traducir aquello que excluye el sentido: lo real de una lengua, aquello que hace no sólo al genio de cada lengua sino a lo real del acto de decir. Que se diga queda así también olvidado. O borrado, si extremamos la cuestión. Este imposible de una traducción integral es imborrable. Pero, como dijimos, también ocurre que las cosas no se dicen de la misma manera en la diversidad de las lenguas; hay términos fundamentales de la jerga analítica que o bien han pasado al discurso corriente, banalizándose, como el Complejo de Edipo

para Occidente, o bien no tienen correlato referencial ninguno, como el Complejo de Edipo para Oriente.

El problema no radica en lo imposible de una traducción pentecostal, sino en que en ocasiones se procede a borrar la marca de esa imposibilidad; para decirlo en términos de Meschonnic: borrar la marca y borrar que se la borra, he ahí un procedimiento que degrada nuestra práctica cuando de traducir se trata. Nosotros los hispanoparlantes padecemos del borramiento de las marcas de lo intraducible en nuestro acceso a la palabra escrita o transcrita de Freud y, sobre todo, de Lacan. El texto llamado *establecido* degrada la posibilidad de lectura cuando lo que ofrece no es un ejercicio de traducción sino una interpretación, o incluso una versión, lo que abre el camino, se lo transite o no, de una per-versión en la transmisión. Es inevitable, claro, que haya una versión del padre, de cada padre del texto en traducción. Ahora bien, hacer notar las dificultades e impasses propios de una versión hace a una posición ética, desconocerlas o ignorarlas hace a otra posición.

Así, en un extremo tenemos a los psicoanalistas pentecostales que hablan en lenguas, de tal modo que su decir resulta incomprensible para los no iniciados -los legos, los *idiotas* en términos de San Pablo - y para muchos iniciados también. En el otro extremo tenemos a los psicoanalistas que hablan al estilo de las charlas TED, en lacaniano koiné.

Una tercera vía

Queremos correr el eje para tratar este problema. ¿Qué destino para el psicoanálisis si no se hace sensible a las marcas de la época y engendra por eso -por una pretendida extraterritorialidad- un rechazo neto o, en el otro extremo, si se asimila a la época de tal manera que devenga más temprano que tarde un síntoma olvidado? Lo sabemos, la historia lo sigue enseñando, a la extraterritorialidad mal anudada con la asimilación sigue la segregación.

Ni hablar en lenguas -extraterritorial- ni en lacaniano koiné -asimilación-. Ni tampoco el “mantenimiento casi religioso de los términos” heredados (Lacan). Nuestro desafío es hablar -es decir: practicar y teorizar- el psicoanálisis considerando los paradigmas -culturales, científicos, políticos- de la época, e intentar transmitirlo con un estilo tal que facilite que el psicoanálisis perdure.

¿No será el tiempo de intentar unir, a nuestro discurso, los paradigmas con los que la época nos interpela?